

por talante y convicción, a esos proyectos rupturistas. Está por escribirse este importante capítulo de la historia –aún en proceso– de la poesía chilena y del cual el propio Rodríguez –en libro en coautoría con Alonso y Triviños–, ha adelantado importantes aciertos. Se podría establecer así, entre otras cosas de interés, que procedimientos de aminoración paródica, tan de Parra, al poeta de *El alumbrado*, nada dicen. Quizás la conclusión a que conduciría tal estudio es que tanto uno como otro poeta han dejado las huellas de sus propios lenguajes singulares en quienes les siguen y que aquel que logre encontrar la *síntesis* de ambas influencias –en asimilación dialéctica de las enseñanzas recibidas–, forjará un ejercicio escritural que signifique un paso innovador en el excesivamente repetitivo panorama de la lírica chilena. ¿Hay alguien que de modo consciente o no lo esté realizando? Son de este tipo las inquietudes que el libro despierta. Y ello no es mérito menor en un ensayo tan rico en observaciones lúcidas sobre un escritor singular de quien se concluye –de nuevo solemnemente–, que es autor de “una obra maestra (...) la más viva, provocadora y explosiva de la poesía latinoamericana contemporánea” (p. 50). Los auspiciadores del Nobel para Parra encontrarán, en juicios como éste, un espaldarazo sin duda estimulante.

<https://doi.org/10.29393/At474-16IDTM10016>

LA ILUSIÓN DE LA DIFERENCIA. LA POESÍA DE ENRIQUE LIHN Y DE JAIME GIL DE BIEDMA, DE MARÍA NIEVES ALONSO Y MARIO RODRÍGUEZ (PALABRAS DE PRESENTACIÓN)
(Santiago, Editorial La Noria, 1995).

TULIO MENDOZA BELIO

El lunes pasado, cuando realicé mi lectura poética en esta misma sala, celebré yo con entusiasmo la aparición de este hermoso libro de María Nieves Alonso y Mario Rodríguez, titulado *La ilusión de la diferencia. La poesía de Enrique Lihn y de Jaime Gil de Biedma*.

Mi celebración personal (y de eso van a tratar estas brevísimas líneas) tiene dos motivos fundamentales: en primer lugar, el hecho de que la poesía estudiada sea la de dos poetas que me son muy próximos y queridos desde varios puntos de vista y, en segundo lugar, el que este libro de ensayo, este libro de crítica (y de “crítica situada” como podrán ver), es en realidad un texto literario propiamente tal (con esto quiero decir que no es un texto científico, a pesar del rigor del método), no es solamente un discurso sobre otros discursos, un discurso de segundo grado, sino literario en el sentido de hacer aparecer un texto nuevo, de otro nivel (yo diría casi poético), que va surgiendo a medida que se avanza en la lectura y que el lector debe recorrer como “un relato” (p. 9), como “un contrapunto o diálogo imaginario” (p. 161), como muy bien lo llaman los autores.

No estamos frente a una mera caracterización de poéticas y modos de vida, es decir, en este libro se vertebra una estructura-historia que antes estaba, pero no estaba, había que

actualizarla, convocar las máscaras, inventarles un rostro. Entonces, los autores establecen un sentido a través de una relación particular que se proyecta en el espacio que brinda la comunión de dos cuerpos textuales (es ésta casi una relación amorosa), no importa cuán diferentes o semejantes sean los convocados al festín (ya se verá que la diferencia puede ser también una ilusión).

Los autores dan vida a un relato que surge de la imaginación y de la inteligencia, que en el libro se tocan y se traslapan de manera tal que la lectura se hace amena, entretenida, seductora (no estamos, pues, frente a esos intrincados discursos pseudofilosóficos), éste es un libro de una razonable y emotiva transparencia. Es, además, didáctico, esclarecedor, plural en el diálogo de textos, interesante en las “semejanzas salvajes” atribuidas a Lihn y en las “semejanzas domésticas o familiares” propias de Gil de Biedma; iluminador y emocionante en lo que significa también atreverse a “relatar” la aventura poética de dos intensos poetas mayores nuestros (en tantos sentidos), y digo “nuestros” porque pienso, al igual que los autores, que “muchas veces es preferible buscar la unidad de una lengua y de una cultura antes que marcar la ‘diferencia latinoamericana’, lo que no significa que en algunos casos encontremos esa relación... tan legítima e interesante como la otra” (p. 161).

He hablado de dos intensos poetas mayores nuestros por lo que han significado ambos en sus respectivas literaturas y, sobre todo, porque los dos han sido consecuentes en una actitud de vida a prueba de todo, llevada al límite: “poesía práctica”, como quería Eduardo Anguita, “poesía activa” como quiere Gonzalo Rojas, ambos tributarios de algún modo del adolescente magnífico y maldito que quiso “cambiar la vida”: Rimbaud. Lihn y Gil de Biedma asumieron, cada uno a su manera, el lenguaje como una moral.

El autor de *Poemas póstumos* pareciera no ser un héroe de la escritura; es alguien que la abandona cuando percibe su inutilidad frente “al único argumento de la obra”: la vejez y la muerte.

Recurriendo a la imagen de Aquiles, propuesta por Lihn, diríamos que Jaime Gil de Biedma es el antiaquiles: deja de correr cuando comprende y acepta la inutilidad de los “pavoneos” de la escritura que tanto estigmatizó Enrique Lihn.

Lihn sería así el héroe positivo, porque, al contrario, murió con un pie en el aire como Aquiles. Sabiéndose condenado no dejó de correr (escribir), llegó hasta el límite.

En Jaime Gil de Biedma la muerte de la escritura es anterior a la muerte biográfica. En Lihn, ambas muertes son simultáneas. El poeta español escribe buscando los momentos felices de la vida (la fiesta): “Vasos de vino blanco / dejados en la hierba cerca de la piscina / calor bajo los árboles. Y voces / que gritan nombres” (“Después de la muerte de Jaime Gil de Biedma”), pero su escritura muere antes de que él desaparezca consumido por el sida. El poeta chileno escribe sobre la muerte, es un “aguafiestas”, pero su escritura es una “consagración” de la vida: en cuanto piensa que escritor, autor y hombre sólo viven realmente en el “presente inmutable” de la escritura. (Lastra 1990:34-35).

Estos fragmentos (y otros muchos del libro) nos demuestran que tanto María Nieves como Mario son poetas en el descubrimiento de esas zonas de contacto (ya en la diferencia, ya en la semejanza) que este relato suyo nos entrega para instaurar lo inédito o replantear

ideas que la crítica tradicional ha visto a medias. Me gusta este tipo de crítica, no hay impostura, hay naturalidad, hay cuerpos (no importa que el tiempo venga a destruirlos), hay vida, no importa si ronda la muerte.

De ahí el calificativo de “hermoso” que yo le he dado a este libro (al relato mismo), porque recorrí sus páginas con deseo (de qué otro modo se puede abordar un texto), casi en un día, en este lugar, en esta fiesta del libro que suponemos es esta feria, y su lectura me produjo la emoción particular (y no hablo de emotividad trasnochada o romántica), del encuentro y proyección de dos poéticas y dos poetas de excepción. Celebremos, pues, el alumbramiento de este relato como quien entra en un cuerpo.

CARTAS DEL PRESIDENTE JORGE ALESSANDRI CON LOS EMBAJADORES EN LA SANTA SEDE. 1959-1964 DE SERGIO CARRASCO D. (Pehuén Editores, Santiago. 1995), 147 pp.

SERGIO MARTINEZ BAEZA

Un libro reciente sobre el Presidente Jorge Alessandri se encuentra en circulación. Su autor, Sergio Carrasco Delgado, es profesor de Historia Constitucional de Chile y de Derecho Constitucional en la Universidad de Concepción y Miembro Correspondiente, en esa ciudad, de la Academia Chilena de la Historia, y ha sido el compilador de estas cartas que se conservan en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional.

D. Jorge Alessandri mantuvo permanente y personal correspondencia con los representantes chilenos acreditados en el exterior, particularmente con aquéllos cuya designación había emanado de su decisión directa o que representaban a Chile ante gobiernos que consideraba de especial importancia para el país. Es el caso de Fernando Aldunate Errázuriz y Pedro Lira Urquieta, acreditados ante la Santa Sede; Walter Müller Hess, ante los Estados Unidos de Norteamérica; Víctor Santa Cruz Serrano, en el Reino Unido; Carlos Morla Linch, en Francia; Sergio Fernández Larraín, en España; Enrique Bernstein Carabantes, en Austria; Daniel Schweitzer Speisky, en Naciones Unidas; Sergio Gutiérrez Olivos, en Argentina y Estados Unidos; Hernán Cuevas Irrarzával, en Bélgica e Italia; Jorge Errázuriz Echenique, en Perú; Miguel Serrano Fernández, en Yugoslavia; y otros.

El conjunto de estas cartas del ex Presidente, estudiadas por el autor, llega al número de mil cuatrocientas, de las que Sergio Carrasco presenta 37, todas ellas referidas a las relaciones de Chile con la Santa Sede: 18 de D. Jorge Alessandri, 14 del Embajador Aldunate y 5 del Embajador Lira Urquieta, escritas entre los años 1959 y 1964. Estas cartas evidencian la alta categoría intelectual de sus autores y la gran seriedad con que se enfocaban los diversos temas a que ellas se refieren. El ex Primer Mandatario, además de instruir a sus Embajadores acerca de sus respectivas misiones, opina en ellas sobre las relaciones entre la